

Antropología de la frontera, la migración y los procesos transnacionales

Everardo Garduño*

RESUMEN

En los últimos años, los procesos transnacionales han venido a cuestionar las bases de la antropología tradicional y han lineado los cimientos de la llamada antropología transnacional o transnacionalista. Sin lugar a dudas, los estudios realizados desde las distintas perspectivas de las ciencias sociales han demostrado cómo la frontera México-Estados Unidos constituye un campo social de carácter global, que cuestiona la supuesta naturaleza infranqueable de las líneas fronterizas. A través del análisis puntual de las tendencias migratorias, estos estudios han refutado contundentemente la idea de frontera como referente simplemente geográfico-político y han propuesto su visualización como escenario deterritorializado. En este sentido, el presente trabajo revisa algunos planteamientos centrales de los estudios sobre fronteras, migración y procesos transnacionales que han cobrado influencia particular en la antropología y señala algunos vacíos que el discurso de la nueva antropología aún posee.

Palabras clave: 1. migración, 2. transnacionalismo, 3. antropología, 4. fronteras, 5. México-Estados Unidos.

ABSTRACT

In recent years, the existence of transnational processes have called into question the basis for traditional anthropology and have outlined the foundations of a so-called transnational anthropology. Without a doubt, studies done from a variety of perspectives in the social sciences have demonstrated how the Mexico-U.S. border constitutes a social field of an international character, which challenges the supposedly impassable quality of borders. Through a detailed analysis of migratory trends, these studies have soundly refuted the idea of the border as a simple geographic-political referent, and they have proposed viewing it as a de-territorialized locale. In that respect, this article reviews some of the central arguments in the studies on the borderlands, migration, and transnational processes that have been particularly influential in anthropology. The article also points out some of the gaps that the new anthropology has yet to fill.

Keywords: 1. migration, 2. transnationalism, 3. anthropology, 4. borderlands, 5 Mexico-United States.

*Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California. Dirección electrónica: everardo@uabc.mx.

Fecha de recepción: 15 de octubre de 2002.

Fecha de aceptación: 11 de abril de 2003.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, algunos postulados básicos de la antropología han sido radicalmente cuestionados por toda una serie de fenómenos vinculados a la transformación de la noción de frontera-periferia en frontera-centro, y más tarde, en frontera-icóno. Particularmente, distintas investigaciones llevadas a cabo en los ámbitos de la economía, sociología, ciencia política o historia (Álvarez, 1995; Castellanos, 1995; Durand, 2001; García, 1989; González, 1981; Levitt, 2001) han demostrado cómo las fronteras han sido el laboratorio por excelencia empleado por las fuerzas económicas mundiales para hacer de estas regiones un campo social de carácter global, y asimismo han cuestionado su aparente naturaleza infranqueable. Más aún, el análisis puntual de las tendencias migratorias (ahora mucho más intensas, multidireccionales y heterogéneas) ha desplazado la idea de frontera como referente simplemente geográfico-político para visualizarla como escenario deterritorializado, en donde las culturas y las identidades son creativamente reinventadas como complejas y multidimensionales formas de autorreferencia.

El presente artículo intenta ofrecer un panorama general de las investigaciones que desde las distintas perspectivas de las ciencias sociales han sido realizadas y han influido sobre la nueva antropología transnacionalista. Este trabajo señala sus principales áreas conceptuales y presenta una ponderación crítica de las nuevas tendencias en esta disciplina. Aunque el estudio se centra en los aportes de la antropología transnacionalista, está claro que la discusión sobre transnacionalidad no se reduce al ámbito de esta disciplina. Esta perspectiva ha sido enriquecida por los aportes de sociólogos, economistas, politólogos, comunicólogos, entre otros, y este debate multidisciplinario se contempla a continuación.

DE LOS MICROANÁLISIS A LA ANTROPOLOGÍA TRANSNACIONALISTA

En los últimos 15 años, la intensificación de la movilidad geográfica transnacional ha configurado una realidad social con fenómenos históricamente inéditos, que han venido a confrontar las bases tradicionales de las ciencias sociales. En el caso particular de la antropología, esta confrontación ha conducido progresivamente al desplazamiento de los llamados microanálisis y a la aparición poste-

rior de enfoques histórico-estructurales y, más tarde, de la llamada escuela transnacionalista. Como veremos en este apartado, esta progresiva transformación de la antropología fundó sucesivas perspectivas sobre la migración.

En el período de 1930 a 1970, los antropólogos interesados en la movilidad geográfica transnacional se vieron seducidos por una serie de perspectivas *psicologistas* que destacaban fundamentalmente el factor individual y los aspectos negativos de la migración, y dejaban de lado la existencia de factores estructurales. Dado que durante esos años los movimientos migratorios tenían como principal protagonista a las poblaciones rurales desplazadas hacia las grandes ciudades, el enfoque recurrente consistió en resaltar subsecuentemente: 1) el impacto destructivo y desarticulador de estos movimientos en el ámbito de las sociedades del campo, 2) los logros alcanzados por estos migrantes en las ciudades, y 3) la existencia de una supuesta evaluación consciente que el migrante potencial hacía sobre los costos y beneficios de su desplazamiento.

De esta manera, entre las décadas de 1930 y 1940, la migración fue asumida como un medio de transición de las idílicas y *tradicionales* sociedades rurales o tribales hacia una vida en la moderna pero *caótica* sociedad urbana, que inevitablemente destruiría la cultura y la identidad de los migrantes por la vía de la llamada destribalización o desmoralización (Redfield, 1941; una visión crítica sobre esta perspectiva se encuentra en Eades, 1986:3, y Kearney, 1986:337-338).

Posteriormente, de los años cincuenta a los sesenta, esta misma perspectiva individualista se reformuló sensiblemente a través de los estudios sobre los procesos de adaptación social de los migrantes a las estructuras modernas. La migración fue entonces asumida como un factor de solidificación de los vínculos de parentesco extendido más que de deterioro de la cultura tradicional de los migrantes (Lewis, 1952), y se concluyó además que los grupos sociales se ajustaban o adaptaban a la nueva realidad a través de la reorganización de sus propias costumbres tradicionales o a partir del desarrollo de nuevas costumbres bajo los símbolos tradicionales, con la finalidad de ampliar su *distintividad* en el interior de los nuevos ambientes sociales en los que se desenvolvían (Cohen, 1969).

En los setenta, influidos por las conceptualizaciones de la economía neoclásica, pero aún bajo el criterio de los microanálisis, los antropólogos se vieron cautivados por la teoría de costo-beneficio, de acuerdo con la cual los individuos recogen información en el mercado laboral para evaluar el rendimiento que les puede producir el migrar en comparación con las ventajas de permanecer en casa (Stahl, 1988; Arizpe, 1975; Balam, 1988; y Stern, 1988). Considerando esta

lógica de evaluación del costo-beneficio por parte de los individuos, la migración internacional representaba sólo una opción para aquéllos con suficientes recursos para llevar a cabo desplazamientos a grandes distancias y, en este sentido, la migración interna y la migración internacional se asumían como inversamente relacionadas: entre mayor fuera la primera, menor sería la segunda (Corona, 1984).

A pesar de las discrepancias entre estos tres tipos de microanálisis, es evidente que su preocupación común era la dimensión individual y microeconómica del fenómeno migratorio y que una obsesión compartida por ellos era lo *tradicional*, concebido como una especie de *tipo ideal*, en esencia, inmutable y que, como lo afirma Kearney (1986:337-338), se encontraba en constante amenaza por los procesos de asimilación y destribilización, o esquizofrénicamente destinado a su persistencia a través de los procesos de adaptación.

En reacción a estos microanálisis, los macroanálisis vinieron a destacar la relevancia de los factores histórico-estructurales para explicar la migración. Estos enfoques precisaban que los factores que regulan y dan forma a la migración son aquéllos de expulsión y atracción. En el primer caso se trata del crecimiento demográfico, los bajos estándares de vida, la ausencia de oportunidades económicas y la represión política; mientras que en el segundo nos referimos a la demanda de fuerza de trabajo, la disponibilidad de tierra cultivable, las oportunidades económicas y la libertad política (Castles *et al.*, 1993:19).

Más aún, la perspectiva histórico-estructural encontró su mayor fuerza en las teorizaciones neomarxistas de la época sobre colonialismo interno, la teoría de la dependencia, el sistema económico mundial y el modelo *articulacionista* (Eades, 1986; Papademetrious, 1988; Frank, 1971; Wallerstein, 1974). En términos generales, estas conceptualizaciones consideraban a la migración como parte de un flujo de mercancías que tenía lugar de los sectores precapitalistas de la economía de un país hacia sus sectores capitalistas, o como parte de una transferencia de excedente económico de los países subdesarrollados (la periferia) hacia los países desarrollados (el centro). Desde este punto de vista, el papel designado a la periferia dentro de la división internacional del trabajo de origen colonial es el de proveer al centro no sólo de materia prima, sino también de fuerza de trabajo barata.

Ciertamente, las experiencias migratorias actuales han rebasado enormemente el poder de explicación de estas perspectivas. Como lo afirma un nuevo grupo de antropólogos a los que podríamos denominar *transnacionalistas*, nos en-

contramos en un momento de radical cuestionamiento de los tradicionales enfoques binarios de la antropología y de sus categorías de análisis territorialmente restringidas. Por una parte, los constreñimientos del contexto global contemporáneo evidencian que la migración no puede continuar siendo entendida a partir de factores meramente individuales, tal como lo viene señalando la escuela histórico-estructural, ni tampoco puede ser explicada a través de aproximaciones que atiendan únicamente los aspectos económico-políticos del fenómeno, dejando de lado las variables *cultura e identidad* (Kearney, 1986:341) y asumiendo a los migrantes como entidades pasivas y a la periferia como un agente inmóvil (Glick *et al.*, 1992).

En este sentido, tal como lo afirman los mismos antropólogos transnacionalistas (Kearney, 1996:122; Basch *et al.*, 1994:28; Gupta *et al.*, 1992:10), el principal problema de las perspectivas micro y macro sobre los procesos migratorios lo constituyen sus modelos estáticos, contruidos sobre la base de categorías predelimitadas y bipolares. En ambos modelos, la migración es explicada como el resultado de la interacción de campos autónomos (lo urbano-rural, nacional-internacional, expulsión-atracción, centro-periferia, metrópoli-colonia, regiones de envío-regiones receptoras, modos de producción precapitalistas-modos de producción capitalistas, etcétera), siendo que la globalización ha producido un sistema económico internacional o modo de producción global que ha dado forma a un nuevo espacio geográfico a través del cual se desplazan los intensos, multidireccionales y complejos flujos de individuos.

Así, sobre la base de una reevaluación de las perspectivas micro y macro sobre migración, y a la luz de los nuevos procesos transnacionales y de globalización, se ha dado origen al enfoque transnacionalista, cuyas premisas centrales son: 1) existe una división internacional del trabajo que ha inducido la consolidación de procesos migratorios de no simplemente *fuerza de trabajo* sino de agentes sociales y políticos que se encuentran subsumidos en categorías raciales, étnicas e identitarias (Basch *et al.*, 1994:11); 2) las llamadas regiones periféricas y centro no deben seguir siendo concebidas como espacios analíticamente distintos y separados, sino como parte de un mismo sistema económico internacional en el interior de un modo de producción global (Chávez, 1990a:1-2); 3) estas tendencias han contribuido a hacer más nebulosas las diferencias entre las condiciones de trabajo y procesos de producción existentes en el centro y la periferia (Kearney, 1991:55); 4) la dinámica transnacional y globalizadora ha dado origen a una serie de fenómenos que hacen necesaria la reconsideración de

algunos conceptos tradicionalmente empleados en la antropología social. Por una parte, deben cuestionarse las nociones de frontera, comunidad, redes sociales, cultura, identidad y Estado-nación como entidades estáticas y territorialmente delimitadas; y, por otra, debe reconocerse el aspecto activo y dinámico de los nuevos sujetos sociales. Enseguida se discuten las nuevas conceptualizaciones que la reciente antropología transnacionalista sugiere sobre estas nociones.

LA NOCIÓN DE FRONTERA

Sin lugar a dudas, los procesos transnacionales y de globalización han hecho necesaria la revisión de la noción de frontera, entendida como una delimitación geográfica rígida, literal y periférica, y han conducido al reconocimiento de su carácter poroso, aliteral y central.

La frontera rígida versus la frontera porosa

Ciertamente, durante mucho tiempo, la noción prevaleciente de frontera se fincó en la definición clásica establecida por el geógrafo alemán Frederick Ratzel (1897:538), quien afirmaba que ésta era una mera línea geográfica que separaba a dos territorios distintos, sujetos a dos soberanías diferentes, y que debía funcionar como un artefacto natural y necesario que, “al igual que la epidermis de un ser vivo, provee protección, así como la posibilidad de intercambio con el mundo exterior”. Esta concepción de frontera prevaleció hasta la Segunda Guerra Mundial, al ser asumida como una delimitación territorial rígida “Para ser defendida, para ser cruzada legalmente, o [incluso] para ser violada [pero no] para ser negociada o flexible” (Donnan y Wilson, 1994:1; véase también Herzog, 1990:53).

Evidentemente, como lo señala Robert Álvarez (1995:452-453), este enfoque ofrecía una idea simplista sobre la frontera como una región geográfica habitada por poblaciones “congeladas en el tiempo” y extremadamente constreñidas por delimitaciones territoriales y estructurales, que empezó a ser duramente confrontada por una serie de hechos irrefutables. Entre éstos se encuentran la creciente interdependencia económica mundial, la multiplicación de compañías multinacionales que vinieron a promover, por un lado, la transnacionalización

de recursos y de procesos productivos y, por otro, el éxodo de industrias provenientes de los países desarrollados hacia países subdesarrollados con elevada oferta de fuerza de trabajo. De esta manera, la noción de fronteras altamente protegidas y militarizadas de la preguerra se vio notablemente desgastada frente a un proceso que Fernández (1980:18) definió como “El avance de la frontera económica sobre la frontera política y legal, y la transformación de esta última en una delimitación geográfica ficticia” (véase también Herzog, 1990:53).

El reconocimiento de estas transformaciones tuvo un impacto directo en la antropología, cuyos estudios empezaron a explorar más cercanamente los inevitables procesos de contacto e intercambio entre países diferentes, pero ineludiblemente vecinos. Ejemplo de estos estudios son los trabajos sobre parentesco y modelos urbanos en las relaciones binacionales (Hernández, 1987:13; Álvarez, 1987:XIII); sobre los asentamientos familiares transfronterizos (Vélez, 1996:143-144); sobre las llamadas *comunidades extensas*, constituidas por poblaciones transfronterizas que comparten una serie de tradiciones culturales, económicas, de lenguaje e incluso religión (Whiteford, 1979:129); sobre las relaciones formales entre asociaciones, gobiernos municipales, cámaras de comercio y clubes de servicio, que han dado origen a sistemas regionales urbanos (Cabrera, 1984:12-13), ciudades fronterizas binacionales o complejos de ciudades gemelas, entendidas como “Una serie de áreas metropolitanas unificadas, compartiendo aires comunes” (Martínez, 1988:145).

Tal como lo señala Mummert (1999), las reflexiones transnacionalistas han servido para identificar la creciente fluidez y porosidad de las fronteras, características que no sólo permiten sino invitan al paso de personas, ideas, imágenes y símbolos. Evidentemente, hoy en día, las fuerzas del capital transnacional han instigado un creciente tráfico global y multidireccional de mercancías, capital y gente, fenómeno que ha puesto en tela de juicio no sólo la idea de frontera rígida sino incluso la de campo social binacional. A decir de Chambers (1994:2) y Kearney (1996:10), este tráfico multidireccional ha impuesto una dinámica tal a las distintas regiones urbanas localizadas en la frontera, que sugiere como más aproximado el concepto de megalópolis transnacional, unida no sólo en el aspecto económico sino incluso en el ámbito cultural.

Como veremos enseguida, la identificación de las fronteras como zonas de cotidiana transposición, formal e informal, trajo consigo la *designificación* de su sentido geopolítico literal y condujo a la exploración de los distintos fenómenos de carácter cultural e identitario que tienen lugar en estas zonas.

La frontera literal versus la frontera aliteral

Dentro de los divergentes enfoques que han asumido a las fronteras como barreras rígidas o como membranas porosas, se encuentran las nociones de región socioeconómica (la perspectiva literal sobre frontera) *versus* la noción de *campo de acción social* (la perspectiva aliteral) (Álvarez, 1995:449). Tradicionalmente, la perspectiva que ha prevalecido como hegemónica es la que ha asumido a las fronteras, en su sentido literal, como regiones geográficas en las que se expresan una serie de problemas sociales y económicos concretos, relacionados con las poblaciones aborígenes, la migración, las implicaciones del paulatino crecimiento de la industria maquiladora y las políticas fronterizas adoptadas por los respectivos Estados, incluyendo los tratados binacionales (González, 1981). Frente a esta perspectiva literal, sin embargo, se ha erigido la perspectiva aliteral, que da mayor importancia a los estudios culturales. Como pioneros de esta última podemos mencionar los trabajos realizados desde un determinado enfoque que bien puede denominarse transcultural y que visualizaba a las poblaciones fronterizas como conjuntos de individuos con dudosas lealtades hacia el centro y en proceso de pérdida de los vínculos que los unían a sus respectivas culturas madre (Nostrand, 1983:11 y Meggers, 1954, citados en Kutsche, 1983). Posteriormente, y en reacción a esta perspectiva, es elaborado un discurso que viene a denunciar a la perspectiva transcultural como una expresión de la miopía opresiva del centro, que ignoraba la fuerte identidad nacional de los fronterizos (Friedmann, *et al.*, 1985:34-35). De manera irónica, este discurso contratranscultural expresaba, por ejemplo, que los mexicanos residentes en la frontera tenían que estar más atentos al imperialismo económico y político del centro de su propio Estado-nación, que de las influencias extranjeras (Monsiváis, 1978:67). Desde esta perspectiva, los especialistas vinieron a revelar cómo los fronterizos, a través de su cotidiano contraste con la otredad cultural, reafirman constantemente los valores heredados por sus ancestros y adquieren un sentido mucho más profundo de mexicanidad que las personas que viven en el centro (Bustamante, 1989:15-23; Carrillo *et al.*, 1986:80).

Como lo afirma Kutsche (1983:18), a pesar de su posición opuesta, tanto la perspectiva transcultural como la contratranscultural se vieron, en principio, atrapadas en la percepción de la frontera como una “zona de influencia” de carácter periférico, que se encontraba sujeta, en menor o mayor grado, a las metrópolis centrales. En el caso de México, para ambas perspectivas, el parámetro

con el que debía medirse el grado de mexicanidad o aculturación de los fronterizos nortños se encontraba en los patrones establecidos en el centro. En la actualidad, la nueva antropología ha venido a cuestionar las anteriores perspectivas sobre la frontera como una simple zona de influencia y ha sugerido el concepto de zona de negociación transnacional (Donnan *et al.*, 1994:8-12; Álvarez, 1995:45-61; Ruiz, 1994; Castellanos, 1996; Levitt, 2001) y, más concretamente, el de *terreno disputado* (Kearney, 1991:58). Así, la frontera ha pasado de ser asumida como una división geográfica en donde unas “pocas cosas de los Estados Unidos o de México coexisten”, a significar un espacio en donde tiene lugar la producción cultural (Vélez, 1996:10; Tabuenca, 1997; Zúñiga, 1998). Es así también como la frontera ha dejado de ser vista como un lugar estático y ha empezado a ser percibida como un sitio en donde la identidad es negociada con maniobras de poder y sumisión y frecuentemente como un sitio en donde son adoptadas múltiples identidades (Gupta *et al.*, 1992:55; Álvarez, 1995:452; Kearney, 1991:64; Donnan *et al.*, 1994:1; Vila, 2000 y 2003; Valenzuela, 1996). Asimismo, la noción de frontera, entendida como zona de influencia y de delimitación marginal y periférica del Estado-nación, ha venido a ser confrontada con el reconocimiento de las fronteras como centro, arena global o icono de los tiempos presentes.

De la frontera periférica a la frontera centro: De la frontera global a la frontera icono

Con la transformación de la noción de frontera rígida en frontera porosa y posteriormente en megalópolis transnacional y con la evolución de la noción de frontera literal a frontera aliteral y más tarde a la de terreno disputado, ha tenido lugar la consolidación de la noción de frontera centro, global y, más aún, icono. Indudablemente, como lo afirma Delgado (1997:173), la construcción de la frontera global ha hecho de ésta un centro deterritorializado y consecuentemente un icono epistemológico. Como todos sabemos, los cambios globales se han visto intensificados primordialmente en las regiones fronterizas y han transformado estos espacios en modelos que expresan las tendencias estructurales y culturales contemporáneas, las cuales se encuentran en proceso de edificación a lo largo del mundo (Herzog, 1990:56; Donnan *et al.*, 1994:6). Este proceso no sólo ha dejado de lado la noción literal de frontera como artefacto geográficamente localizado, sino que, como lo afirma Gómez Peña (citado por Álvarez, 1995:448), le ha adjudicado a ésta un sentido metafórico, elusivo, in-

definido, tautológico e incluso mistificador (Chambers, 1994:2). Al respecto, Rouse (1991:17) sintetiza cómo la designificación de la frontera ha conducido a su deterritorialización: “Estamos observando la proliferación de zonas fronterizas”, afirma.

Al analizar estas “nuevas formas de entender la frontera”, derivadas, en gran parte, de los aportes de la perspectiva transnacionalista, resulta evidente que, en algunos momentos, este discurso se torna celebratorio de la globalización, dejando de lado el carácter explotador del sistema internacional en cuestión. Este discurso se excede en destacar el carácter nebuloso de las líneas que separan al centro de la periferia y al desarrollo del subdesarrollo, como resultado de una creciente movilidad multidireccional de sujetos sociales y sus respectivas identidades, lo que sugiere la existencia de una arena política y económica del sistema global, libre de las “añejas” asimetrías. Así, a pesar de su atinado cuestionamiento a la lógica binaria –que ha prevalecido históricamente en las ciencias sociales–, la perspectiva transnacional no demuestra completamente aún que las desigualdades entre Estados-naciones se hayan disipado como sustento central del sistema económico mundial ni que el desplazamiento del capital a lo largo del orbe no tenga por objeto la búsqueda de condiciones óptimas para su reproducción ampliada, suscitando procesos migratorios que siguen siendo la expresión de procesos de extracción de un plusvalor de los países de origen de los sujetos migrantes y de transferencia de riqueza al país de su destino. Al respecto, Sider (1992:233) expresa atinadamente que a pesar de los cambios globales de nuestra época, la migración continúa siendo la apropiación, por parte de los países receptores, del excedente sustraído directamente de los trabajadores transnacionales y de su trabajo y, más aún, la explotación de los lazos de parentesco y de las comunidades, regiones y países de los migrantes.

LA NOCIÓN DE COMUNIDAD

Tradicionalmente, la antropología ha trabajado con la noción de comunidad que se refiere a una entidad claramente diferenciada y definida en términos de su localización y características culturales. Sobre esta base, la teoría antropológica de los sesenta desarrolló la noción de comunidad cerrada, corporada y autocontenida (Wolf, 1996), mientras que en los setenta, y especialmente en los ochenta, la noción de comunidad como una agrupación organizada de personas que se

perciben como unidad social, cuyos miembros participan de rasgos o intereses comunes, empezó a ser fuertemente cuestionada señalando su intrínseca heterogeneidad. En estas décadas, la teoría sociológica sobre migración sugirió las nociones de comunidades expulsoras y comunidades receptoras como entidades perfectamente diferenciadas espacial y culturalmente. Sin embargo, como lo señala Rouse (1992:27), estas nociones han oscurecido el persistente sentido de comunidad prevaleciente entre poblaciones extremadamente dispersas entre dos o más países, como fenómeno cada vez más creciente ante el incremento de la movilidad multidireccional y transnacional. Al respecto, Kearney (1991:68) precisa que aun cuando algunas comunidades están transformándose en entidades cada vez más dispersas y menos identificables, éstas persisten bajo la forma de *comunidades transnacionales*. De hecho, estudios etnográficos (Rouse, 1992:27; Kearney, 1991:59; Álvarez, 1995:457-458) han subrayado la forma en que los individuos crean y recrean los límites de sus comunidades trasponiendo grandes distancias como Oaxaca, ciudad de México, Los Ángeles, Chicago, Haití o Nueva York. A decir de Varesse (1994:35) y Rouse (1991:14), un hallazgo fundamental de estos estudios es la forma en que los sujetos sociales llevan a cabo la *reconstrucción simbólica de sus comunidades* por encima de las fronteras internacionales, manteniendo sus lazos y relaciones con amigos y parientes que residen en el lugar de origen y participando en los asuntos familiares y comunitarios como si se encontraran en casa. Al respecto, cabría añadir que en realidad esta reconstrucción es de carácter objetivo y no solamente simbólico.

Así, desde esta perspectiva, los diferentes asentamientos en donde viven los migrantes constituyen parte de comunidades dispersas que han sido definidas como comunidades deterritorializadas (Kearney, 1995:552-553), que existen a través de un “circuito transnacional” (Rouse, 1989) o en un “hiperespacio” (Kearney, 1996:117-119). Cabe precisar que la noción de comunidad deterritorializada es definida como aquella entidad que ha escapado de la hegemonía totalizadora del Estado-nación al estar apartada de una localidad específica. Asimismo, las nociones de circuito transnacional o hiperespacio son definidas como dimensiones espaciales compuestas por redes sociales y de comunicación sin delimitaciones específicas, no ancladas permanentemente en un territorio ni socialmente construidas por los migrantes bajo la forma de comunidad.

El reconocimiento de comunidades transnacionales o de individuos que se desplazan a lo largo de un hiperespacio ha obligado a los antropólogos a poner una especial atención sobre las redes sociales. Tomando en cuenta las recientes

innovaciones tecnológicas en el ámbito de la comunicación, y principalmente las formas específicas en que los migrantes utilizan estas innovaciones, la antropología transnacionalista ha sugerido una reconceptualización de la noción de red social.

LA NOCIÓN DE RED SOCIAL

La noción de red social ha sido transformada a través del tiempo. Los microanálisis empezaron a utilizarla a un nivel personal, enfocándose particularmente en los asuntos de reciprocidad, intercambio de mercancías, servicios e información. Este tipo de análisis subrayaba sobre todo el *role* que estas redes sociales jugaban en los desplazamientos de migrantes de origen rural hacia las áreas urbanas y en su adaptación a la ciudad (Lomnitz, 1974). Contribución importante de esta perspectiva es la revelación de las redes personales como el recurso mayormente empleado por los migrantes para tener acceso a información y asistencia en el nuevo contexto (Richmond, 1988:118).

Desde el punto de vista histórico-estructural, el concepto de red social es precisamente el factor que le da a la migración el carácter de fenómeno social, sacándolo de su visualización como asunto individual y sugiriendo su caracterización como asunto colectivo (Mines *et al.*, 1980). Para esta perspectiva, las redes sociales deben dejar de ser vistas como vínculos *personales* para ser definidas como un complejo conjunto de interrelaciones en el interior de un sistema social (Mitchell, 1969) o, como diría Álvarez (1987:56), como un conjunto específico de vínculos entre un grupo definido de individuos, familias y grupos de individuos, que incluyen a parientes, camaradas, paisanos, amigos y vecinos (Chávez, 1990b:55). De esta manera, las redes sociales no sólo son instrumentos que facilitan la adaptación al nuevo contexto, sino también medios que agilizan la *migración en cadena*, creando distintos niveles de recursos y estrategias que median la relación entre los migrantes y la sociedad anfitriona y permiten que los primeros se adapten a las condiciones cambiantes del mercado de trabajo (Chávez, 1990b). Ejemplo de esto son los estudios de Massey (1987) y Granovetter (1985), autores pioneros en señalar, por un lado, que las redes sociales son vitales durante el proceso migratorio como parte íntegra de la vida cotidiana de los migrantes en sus nuevos entornos y, por otro, en establecer algunos matices en el concepto, ubicando, por ejemplo, la diferencia entre vínculos fuertes y

débiles. Así, estos trabajos dieron lugar a investigaciones que estudiaron a las redes sociales no sólo como vínculos de relación sino como elemento estructurador de la experiencia de migración. Malkin (1997) señala que los migrantes dependen de redes sociales que constituyen la estructura primaria en cuanto a las prácticas cotidianas y las relaciones sociales y que además proporcionan el marco por medio del cual el individuo logra entender su comunidad. Villarreal (2001) señala que las redes de intercambio son un recurso social intangible, una especie de potencial que requiere de la habilidad del individuo y (o) el grupo para ser capitalizado y utilizado como activo.

Respecto a la conformación de las redes sociales de intercambio, Villarreal nos dice que en su configuración intervienen identidades, la negociación de éstas, los dominios, las lealtades y el uso simbólico-cultural de los recursos; que las redes no existen como estructuras externas en la vida de la gente: ellas dan forma a los mundos de vida en muchos sentidos, pero a la vez los individuos retrabajan y resignifican en la base de sus experiencias. Asimismo Long (2001) señala que, en buena medida, las redes sociales en las que se inscribe el individuo dan dirección a su vida.

Ahora bien, a pesar de las discrepancias entre las nociones de red social sostenidas por las perspectivas micro y macro, en ambos casos éstas implican la existencia de una interacción cara a cara en lugares específicos, a la vez que son concebidas como mecanismos que amplían los espacios a través de los cuales migran los individuos.

Desde la perspectiva transnacionalista, sin embargo, las redes sociales son asumidas como componentes de la comunicación, cuyos desarrollos electrónicos amplifican la dimensión social-humana a través de la disolución de las delimitaciones espaciales (Kearney, 1996:123-125). En este sentido, la nueva antropología sugiere que la teoría sobre migración debe preocuparse ahora no solamente por el desplazamiento físico de humanos, sino por el de signos, símbolos y otros valores que fluyen y se transforman en el interior de las redes sociales. Por último, desde esta perspectiva, la noción de red social es incompatible con la visión de polos y centros territorialmente localizados, ya que su morfología “es como la de una amiba, una criatura con una compleja diferenciación interna pero sin células y órganos distinguibles, que correspondan a los componentes sociales de comunidades corporadas” (Kearney, 1996:125). Las redes transnacionales, afirma Kearney, pueden extenderse en cualquier y en toda dirección.

LA CULTURA RETERRITORIALIZADA

Las nociones de comunidad deterritorializada primero, e hiperespacio posteriormente, han venido a transformar tanto el concepto de cultura enraizada en localidades específicas como el de *unicidad* cultural. Hacia los ochenta, como resultado de las migraciones multidireccionales y el inusitado incremento del volumen y la velocidad de la transmisión global de la información, surgieron los conceptos de cultura *deterritorializada* y *reterritorializada*. García Canclini (1989:288) definía entonces la deterritorialización como la pérdida de la supuesta relación “natural” entre cultura y los territorios geográficos y sociales, en tanto que reterritorialización es la relativa y parcial reubicación territorial tanto de las antiguas como de las nuevas producciones simbólicas. De acuerdo con este mismo autor y con Chambers (1994), estos fenómenos han definido una marcada tendencia hacia la hibridación cultural, caracterizada por la existencia de procesos particulares de combinaciones interculturales.

Para la mayoría de los autores, estos procesos de hibridación cultural tienen lugar en urbes cosmopolitas con un intenso flujo social y han configurado verdaderas *ciudades sin mapa*. De acuerdo con Chambers (1994:93), estas últimas son engendradas por las etnicidades, los territorios de los diferentes grupos sociales en los cuales se entretejen historias, fusiones culturales, lenguas amalgamadas y arte criollo, todo ello con una intensa fluidez que se opone a la noción de territorios estables o referentes fijos. Según García Canclini, ejemplos de estos laboratorios de la posmodernidad (o ciudades sin mapa, según Chambers) son Los Ángeles, California –con su particular combinación de mexicanos, colombianos, noruegos, rusos, italianos y norteamericanos del este–, y Tijuana, México, con el uso indistinto del español, inglés y lenguas indígenas en los barrios, maquiladoras y el centro de la ciudad (García, 1989:293-298). Como lo afirma este mismo autor, en ambas ciudades, la vida parece consistir en una permanente transposición de las fronteras.

Por otra parte, la hibridación cultural existente en esas ciudades sin mapa levanta una serie de cuestionamientos en relación con la noción de unicidad cultural. Primero, ¿cómo se puede definir a aquéllos que viven en estrecha proximidad uno a otro sin compartir una cultura común y que, sin embargo, interactúan intensamente con gente localizada en distintos lugares, pertenecientes a una amplia variedad de culturas? (Geertz, citado por Kearney, 1995:557). Segundo, si como dice Basch *et al.* (1994:43), la cultura de los migrantes no es como las

raíces transplantadas de un lugar a otro, sino como guías que mantienen vivos los vínculos vitales, ¿cómo podemos diferenciar a las culturas externas de las culturas locales? (Chambers, 1994:68). Y tercero, en estas ciudades que transforman todo en contemporáneo, ¿cómo podemos distinguir entre las culturas tradicionales y las modernas? (García, 1989:223).

Por otra parte, la antropología transnacional ha sugerido la inadecuación actual de los conceptos de aculturación, asimilación y adaptación; sin embargo, esta perspectiva aún no explica los procesos culturales que han resultado de la globalización. Poniendo especial atención en la llamada reterritorialización de los grupos sociales y su positivo impacto económico en las comunidades de origen, así como en su reproducción social y cultural, esta perspectiva deja de lado lo siguiente: 1) que la deterritorialización también puede romper las lealtades entre los grupos (especialmente en el contexto de complejas diásporas) debido al deterioro de los vínculos entre los sujetos, sus bienes territoriales y sus comunidades (Caballero *et al.*, 1994:33); 2) que las remesas de dinero no siempre contribuyen a mantener la vida social ordinaria, sino también a mercantilizar los medios de producción y a estimular la diferenciación social interna (Sider, 1992:239); 3) que en el caso específico de los grupos indígenas, la migración puede imprimir una marcada tendencia a la negación del ser indígena, así como al rechazo de lo que históricamente han concebido como sus prácticas tradicionales, incluyendo el lenguaje (Caballero *et al.*, 1994:33). En esta perspectiva, quedaría entonces por responder: ¿qué está ocurriendo con esos grupos sociales que se deterritorializan pero no observan una marcada tendencia a la reterritorialización y permanecen invisibles ante los ojos de los antropólogos? Esto no es explicado aún por la antropología transnacionalista, como tampoco lo es qué ocurre con aquellos individuos que no migran pero participan en redes sociales transnacionales, o con aquéllos que ven erosionados sus vínculos sociales, estimulada la diferenciación social interna y trastocada su autoidentificación étnica.

IDENTIDAD TRANSNACIONAL

La noción de culturas deterritorializadas ha introducido al análisis nuevas formas de visualizar la identidad cultural. Los especialistas en transnacionalismo afirman que, contrariamente a lo esperado por los estudios transculturales tra-

dicionales, la migración no necesariamente conduce a una supuesta asimilación cultural de los migrantes, e incluso, en algunos casos, contribuye a fortalecer su identidad étnica (Kearney, 1991 y 1996; Varesse, 1994; Caballero *et al.*, 1994; García, 1989; Glick *et al.*, 1992). Al respecto, Caballero *et al.* (1994) –académicos zapotecas– explican cómo en el caso de la migración de su grupo étnico, “aque-llos que viven permanentemente en los Estados Unidos son los que más valo-ran, siguen y reproducen su cultura, y retienen su identidad”. En este mismo tenor, otros autores han explicado cómo el contacto permanente y subordi-nado con *el otro* puede ser un factor de autodiferenciación y persistencia étnica (Comaroff *et al.*, 1987). Por ejemplo, para García (1989:304), la proximidad geográfica y comunicacional con el otro, produce un contexto de intensa se-gregación y desigualdad social, en el cual los migrantes dejan de idealizar la cultura del otro y en reacción a este contexto retienen la suya. Similarmente, Varesse (1994:35) señala que, en el caso particular de los migrantes mixtecos, su explotación y posición subalterna tanto en México como en los Estados Unidos los ha empujado a desarrollar la reconstrucción simbólica de su comunidad y a fortalecer su identidad en el exilio.

De esta manera, la perspectiva transnacionalista revela que la identidad de los migrantes persiste independientemente de su localización geográfica o, más aún, prevalece teniendo como referente múltiples escenarios geográficos. Por ejemplo, Appadurai (1991:191) y Chávez (1992:5) confirman que cuando los grupos migran, se reagrupan en nuevas localidades, reconstruyen sus historias y reconfiguran sus “proyectos” étnicos, y su identidad deja de ser rígidamente territorializada, delimitada espacialmente o culturalmente homogénea y, por el contrario, ésta empieza a adquirir un carácter múltiple y deterritorializado (véase también Escárcega, 1994:2-5). Un ejemplo que ilustra este fenómeno es ofrecido por Glick *et al.*, quienes precisan:

[...] el mismo individuo puede atender un mitin de ciudadanos estadounidenses pertenecientes al mismo “grupo étnico”, llámense neoyorquinos, para hablar con el Jefe de la ciudad de Nueva York, para discutir sobre el desarrollo de “nuestra ciudad”, y en la siguiente semana regresar a Haití, Saint Vincent o a las Filipinas, y hablar como un nacionalista comprometido acerca del desarrollo de “nuestra nación” (1992:12).

Por otra parte, los transnacionalistas vienen a identificar un proceso aparente-mente opuesto pero simultáneo al proceso de multidiferenciación étnica: la construcción de una identidad panétnica. De acuerdo con Glick *et al.*, (1992:9),

la experiencia transnacional, acompañada de la persistente vulnerabilidad de la población migrante en el nuevo contexto, incrementa sus similitudes y reduce sus diferencias culturales y de lenguaje. Por ejemplo, Moreno (1993:47) y Varesse (1994:35) han revelado cómo, en el caso particular de la migración mixteca, las diferencias lingüísticas regionales son minimizadas, en tanto que el español y el inglés son aprendidos como instrumentos de supervivencia, y que sus fragmentadas y muchas veces parroquiales multidiferenciaciones se reducen a una autodefinición: la de *paisano*. Desde esta perspectiva, las identidades múltiples, deterritorializadas e incluso panétnicas que los migrantes construyen, son consideradas estrategias contrahegemónicas para resistir las tendencias hegemónicas que los engloban.

Como se puede ver, la perspectiva transnacional ha traído consigo una prolífera reflexión que ha significado una reconstrucción de conceptos tradicionales en la antropología y en las ciencias sociales en general. Si bien estos *ajustes conceptuales* constituyen un aporte fundamental para leer los procesos sociales y culturales que se viven en la actualidad, la perspectiva transnacional es un discurso aún en construcción y, por lo tanto, hay algunos aspectos que pueden señalarse con el objetivo de orientar sus futuras propuestas.

Desde el punto de vista metodológico podemos comentar que la antropología transnacionalista aún se encuentra plétorica de generalizaciones debido a la evidente ausencia de estudios de campo concretos. Por ejemplo Sassen (1996 y 1998), uno de los principales pilares de esta perspectiva, establece que la migración transnacional tiene como resorte inicial no únicamente los vínculos políticos, militares y económicos establecidos por los Estados Unidos con los países subdesarrollados, sino también los puentes de carácter cultural e ideológico. A pesar de lo sugerente de esta afirmación, esta autora jamás describe en qué consisten esos *puentes* y si éstos funcionan de manera similar a lo largo de la estructura social de los países expulsores en su conjunto. Esta misma ausencia en el trabajo de campo ha limitado la variedad de estudios de caso que aporten información a estas teorías transnacionalistas. De hecho, las bases empíricas de esta perspectiva se limitan a experiencias migratorias ocurridas en un reducido número de lugares geográficos (el Caribe o las regiones de los grupos mesoamericanos), con patrones de movilidad y adaptación muy similares, y dejando de lado grupos de tradición cazadora y recolectora con residencia en aquellas zonas en donde eventualmente se erigieron las delimitaciones fronterizas y que, por ese hecho, son los precursores de los procesos transnacionales. En mi opi-

nión, es por eso que este tipo de investigaciones presentan un panorama en el que los migrantes constituyen poblaciones que reaccionan de manera semejante a las tendencias transnacionales hegemónicas: en todos los casos, estos migrantes refuerzan su autodiferenciación étnica y sus vínculos transnacionales creando asentamientos perfectamente distinguibles, comprometidos en la construcción de redes sociales, resistiendo, etcétera, sin observar contrastes o variaciones de manera relevante. En este sentido, Jones (1992:222) acertadamente señala cómo los antropólogos transnacionalistas necesitan esforzarse aún más para atender eventos históricos concretos y describir de manera más eficiente los procesos culturales observados directamente en las comunidades locales.

Finalmente, me parece que la debilidad principal de esta perspectiva transnacionalista es la ausencia de un compromiso más evidente con implicaciones pragmáticas de sus teorías. Por una parte, pocos de estos antropólogos se preocupan realmente por establecer las bases para una intervención efectiva en la dimensión local, la cual ha sido tradicionalmente objeto de estudio e intervención de los antropólogos.

Por otra parte, a pesar de las recurrentes referencias a las nociones de resistencia y prácticas contrahegemónicas, el discurso transnacionalista carece de una clara orientación política. Como lo exponen Sider (1994:236) y el mismo Jones (1992:219), dado que *clase social* es un concepto conspicuamente ausente en la mayoría de los análisis transnacionales, regularmente pasan por alto la existencia de la *lucha de clases* en el ámbito global. En consecuencia, estos análisis evaden todo compromiso con las estrategias desarrolladas por la *clase trabajadora migrante* en su lucha activa contra las fuerzas hegemónicas. Por ello, sin reconocer los inconmensurables avances de la nueva antropología —la cual emplea al transnacionalismo como categoría de análisis para estudiar los fenómenos que involucran nuevos sujetos sociales en una era de globalización—, cabría la sentencia de Chabram en el sentido de que “necesitamos detener la celebración del transnacionalismo, sólo porque éste transpone las fronteras” (1997:142) y empezar a practicar —agregaría esta autora— un transnacionalismo crítico que nos desplace hacia cambios sustantivos en el ámbito local, y no sólo discursivos en el entorno global.

Otro punto importante que debe señalarse es que esta perspectiva ha insistido en la revaloración de la movilidad de individuos como parte inseparable de los procesos transnacionales, que son frecuentemente asumidos por los Estados-naciones como meros mecanismos comerciales y de intercambio económico.

En este tenor, cabe destacar las históricas propuestas de reconocimiento de la doble ciudadanía; del carácter de corporación multinacional de aquellas formas de organización de migrantes que trascienden las delimitaciones fronterizas; la propuesta de instaurar el voto de los nacionales en el exterior; la del libre tránsito de los miembros de grupos aborígenes transfronterizos y la ineludible necesidad de incorporar el factor *fuerza de trabajo transnacional* en los tratados y acuerdos económicos entre los Estados-naciones.

CONCLUSIÓN

Ciertamente, la antropología transnacionalista nos ha desplazado de esa frontera descrita por Delgado (1997) como la oficial y rígida delimitación, a un área flexible en donde tiene lugar una constante creatividad cultural. Ciertamente, también, la nueva antropología nos ha transportado de una frontera lejana y periférica hacia una frontera convertida en centro y más tarde en icono: al laboratorio en donde las fuerzas mundiales dieron forma al primer campo social de la globalización, cuestionando la supuesta naturaleza inquebrantable de las fronteras y sustrayéndolas de su existencia unidimensional y estrictamente literal como referente geográfico. De esta manera, la perspectiva aliteral en la antropología ha fortalecido la noción de frontera-escenario, en donde las culturas y las identidades son creativamente transformadas, y ha sentado las bases para la elaboración de una noción más simbólica de la frontera, al identificar una determinada fenomenología que trasciende las delimitaciones espaciales y trastoca la esencia del Estado-nación no sólo en términos de una problemática concreta, política, económica y cultural, sino incluso desde el punto de vista epistemológico. En este sentido, los procesos transnacionales y de globalización no sólo incrementaron la fluidez del capital, las mercancías y las personas, sino que colocaron bajo serios cuestionamientos a las nociones básicas de la antropología, como las de comunidad, redes sociales, cultura e identidad.

De esta forma, es innegable el poder teórico-conceptual desarrollado por la perspectiva transnacionalista al conjugar las nociones de *individuo* y cambio estructural y sugerir un carácter más dinámico, creativo y reactivo de los sujetos sociales, dejando atrás los llamados microanálisis que privilegiaban la dimensión individual y mostraban una preocupación excesiva por el equilibrio social. Así también, esta perspectiva ha superado los macroanálisis que sólo observaban la existencia de factores histórico-estructurales, encarnados en un capitalis-

mo global en ciernes, que se erigía dominante y opresivo de sujetos-víctimas pasivos de los procesos hegemónicos.

Sin embargo, no obstante sus logros, éste es un discurso aún en proceso de construcción, en extremo abstracto y con un pobre carácter pragmático.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Gonzalo, *El proceso de aculturación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.
- Álvarez, Robert, *Familia: Migration and Adaptation in Baja and Alta California, 1800-1975*, Berkeley, University of California Press, 1987.
- , “The Mexican-US Border: The Making of an Anthropology of Borderlands”, *Annual Review Anthropology*, núm. 24, 1995, pp. 447-470.
- Appadurai, Arjun, “Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology”, en Fox, R. (editor), *Recapturing Anthropology. Working in the Present*, Santa Fe, School of American Research Press, 1991.
- Arizpe, Lourdes, *Indígenas en la ciudad de México. El caso de las marías*, México, D.F., Sep-Setentas, 1975.
- Balam, Jorge, “Selectivity of Migration in International and Internal Flows”, en Stahl, Charles (editor), *International Migration Today*, Bélgica, Unesco, University of Western Australia, Centre for Migration and Development Studies, 1988.
- Barth, Fredrik, *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Cultural Difference*, Londres, George Allen y Unwin, 1969.
- Basch, Linda, Glick Schiller y Blanc-Szanton, *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*, Langhorne, Gordon and Breach Publishers, 1994.
- Bustamante, Jorge, “Frontera México-Estados Unidos: Reflexiones para un marco teórico”, *Frontera norte*, núm. 1, enero-junio de 1989, pp. 7-24.
- Caballero, Juan Julián y Manuel Ríos Morales, *Impacto de la migración transnacional entre los ñuu-savi y bene xhon de Oaxaca* (mimeo), coloquio En la Ruta Mixteca, México, D.F., 2 al 3 de agosto de 1994.
- Cabrera, Ignacio, “La distribución rango-tamaño en la región fronteriza de Sonora y Arizona”, *Estudios fronterizos*, vol. 1, núm 3, 1984, pp. 11-18.
- Carrillo, Mario y M. Huerta, “Convergencias y divergencias en la frontera norte de México”, *Estudios fronterizos*, vol. 2, núm. 6, 1986, pp. 65-80.

- Castellanos Guerrero, Alicia, *Ciudad Juárez, la vida fronteriza*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.
- , “Pueblos indios, racismo y estado”, en Sánchez, Georgina (coord.), *¿Estamos unidos mexicanos? Los límites de la cohesión social en México. Informe de la sección mexicana del Club de Roma*, México, Planeta Mexicana, 2001.
- Castles, Stephen y Mark J. Miller, *International Population Movements in the Modern World*, Londres, The Macmillan Press LTD, 1993.
- Cohen, Abner, *Two Dimensional Man*, Berkeley, University of California Press, 1969.
- Comaroff, John L. y Jean Comaroff, “The Madman and the Migrant: Work and Labor in the Historical Consciousness of a South African People”, *American Ethnologist*, vol. 14, núm. 2, 1987, pp. 191-209.
- Corona, Rodolfo, “Algunos aspectos cuantitativos sobre la relación entre la migración internacional y la migración interna de mexicanos”, *Estudios fronterizos*, vol. 1, núm. 3, 1984, pp. 113-132.
- Chabram-Dernersesian, Angie, “Out of the Labyrinth, into the Race: The Other Discourse of *Chicano-Mexicano* Difference”, *Frontera norte*, vol. 9, núm. 18, julio-diciembre de 1997, pp. 127-144.
- Chambers, Ian, *Migrancy, Culture, Identity*, Nueva York, Routledge, 1994.
- Chávez, Leo R., “Introduction: Immigrants in U.S. Cities”, *Urban Anthropology*, vol. 19, núms. 1-2, 1990a, pp. 1-8.
- , “Coresidence and Resistance: Strategies for Survival Among Undocumented Mexicans and Central Americans in the United States”, *Urban Anthropology*, vol. 19, núms. 1-2, 1990b, pp. 31-61.
- , *Shadowed Lives: Undocumented Immigrants in American Society*, California, Harcourt Brace College Publishers, 1992.
- Delgado-P, Guillermo, “Tres instancias sobre el otro lado: Ensayos sobre una antropología de la fricción”, *Frontera norte*, vol. 9, núm. 18, julio-diciembre de 1997, pp. 159-180.
- Donnan, Hasting y Thomas M. Wilson, *An Anthropology of Frontiers in Border Approaches. Anthropological Perspectives on Frontiers*, Nueva York, University Press of America, 1994.
- Durand, Jorge y Douglas S. Massey, *Milagros en la frontera: Retablos de migrantes mexicanos a Estados Unidos*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis Potosí, 2001.
- Eades, Jeremy, “Anthropologists and Migrants: Changing Models and Realities”, *Migrants, Workers, and the Social Order*, Londres, Tavistock Publications, 1986, pp. 1-16 (ASA Monographs, 26).

- Escárcega, Judge Sylvia, *La política de identidad de los migrantes mexicanos a California*, (mimeo), coloquio En la Ruta Mixteca, México, D.F., 2 al 3 de agosto de 1994.
- Fernández, Raúl, *La frontera México-Estados Unidos: Un estudio socioeconómico*, México, D.F., Editorial Terra Nova, 1980.
- Frank Andre, Gonder, *Lumpenbuesía: Lumpendesarrollo*, México, D.F., Era, 1971, (Serie Popular).
- Friedmann, John y Rebeca Morales, “Planeación transfronteriza: Un caso de ‘provocación sofisticada’”, *Estudios fronterizos*, vol. 3, núms. 7-8, 1985, pp. 31-43.
- García, Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategia para entrar y salir de la modernidad*, México, D.F., Conaculta y Editorial Grijalbo, 1989.
- Glick, Nina, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton, *Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, The New York Academy of Sciences, 1992.
- González Salazar, Roque, *La frontera norte: Integración y desarrollo*, México, El Colegio de México, 1981.
- Granovetter, Mark, “The Strength of Weak Ties”, en *American Journal of Sociology*, vol. 78, núm. 6, 1973, pp. 1360-1380.
- , *Getting a Job: A Study of Contacts and Careers*, segunda edición, Chicago, University of Chicago Press, 1995.
- Gupta, Akhil y James Ferguson, “Beyond ‘Culture’: Space, Identity, and the Politics of Difference”, *Cultural Anthropology*, vol. 7, núm. 1, 1992, pp. 6-23.
- Hernández, Alberto, “Grupos indígenas y corrientes migratorias”, *México indígena*, núm. 14, 1987, pp. 13-25.
- Herzog, Lawrence, “The Transformation of Boundaries in the Americas: A Comparative Analysis”, *Memoria del Primer Congreso Internacional sobre Fronteras en Iberoamérica*, tomo 1, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1990, pp. 52-54.
- Jones, Delmos, “Which Migrants? Temporary or Permanent?”, en Glick, Nina, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton (editoras), *Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, The New York Academy of Sciences, 1992, pp. 217-229.
- Kearney, Michael, “From the Invisible Hand to Visible Fact: Anthropological Studies of Migration and Development”, *Annual Review of Anthropology*, núm. 15, 1986, pp. 331-361.
- , “Borders and Boundaries of State and Self at the End of Empire”, *Journal of Historical Sociology*, vol. 4, núm. 1, 1991, pp. 52-74.

- , *Reconceptualizing the Peasantry. Anthropology in Global Perspective*, Boulder, Westview Press, Inc, 1996.
- Kutsche, Paul, “Theories of Borders and Frontiers”, en Stoddard, E.R. *et al.* (editores), *Borderlands Sourcebook*, Norman, University of Oklahoma Press, 1983, pp. 16-19.
- Levitt, Peggy, *The Transnational Villagers*, Berkeley, University of California Press, 2001.
- Lewis, Oscar, “Urbanization Without Breakdown”, *Scientific Monthly*, núm. 75, 1952, p. 41.
- Lomnitz, Larissa, “The Social and Economic Organization of a Mexican Shantytown”, en Wayne A., Cornelius, Felicity M. Trueblood (editores), *Latin American Urban Research*, Beverly Hills, Sage, 1974, pp. 135-156.
- Long, Norman, “Networks, Social Capital and Multiple Family Enterprise: Local to Global”, *Development Sociology. Actor Perspectives*, Londres-Nueva York, Routledge and Taylor and Francis Group, 2001.
- López y Rivas, Gilberto, *Antropología, minorías étnicas y cuestión nacional*, México, Aguirre y Beltrán, Cuicuilco-Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1988.
- , *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, México, D.F., Universidad Iberoamericana, Plaza y Valdés, 1995.
- Malkin, Victoria, *La reproducción de las relaciones de género en la comunidad de migrantes mexicanos en New Rochelle, Nueva York* (mimeo), Departamento de Antropología, University College London, 1997.
- Martínez, Óscar, *Troublesome Border*, Tucson, The University of Arizona Press, 1988.
- Massey, Douglas S., *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1987.
- Mines, Richard y Ricardo Anzaldúa, *Las Animas, California: A Case Study of International Network Village Migration*, tesis, Berkeley, University of California, 1980.
- Mitchell, J. Clyde (editor), *Social Networks in Urban Situations*, Londres, Manchester UP, 1969.
- Monsiváis, Carlos, “The Culture of the Frontier: The Mexican Side”, en Ross, S. (editor), *Views Across the Border*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1978, pp. 50-67.
- Moreno B., Francisco Javier, “The Mixteco Presence in Tijuana”, en Cadaval, Olivia (editora), *U.S.-Mexico Borderlands*, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1993, pp. 1-5.

- Mummert, Gail, *Fronteras fragmentadas*, Morelia, El Colegio de Michoacán, Centro de Investigaciones y Desarrollo del Estado de Michoacán, 1999.
- Nostrand, Richard L., "A Changing Culture Region", en Stoddard, E.R. *et al.* (editores), *Borderlands Sourcebook*, Norman, University of Oklahoma Press, 1983, pp. 6-15.
- Papademetriou, Demetrios, "International Migration in a Changing World", en Stahl, Charles W. (editor), *International Migration Today*, Bélgica, Unesco, University of Western Australia, Centre for Migration and Development Studies, 1988, pp. 237-250.
- Ratzel, F., *Politische Geographie*, Berlín, R. Oldenburg, 1897.
- Redfield, Robert, *The Folk Culture of Yucatan*, Chicago, University of Chicago Press, 1941.
- Richmond, Anthony H., "Socio-cultural Adaptation and Conflict in Immigrant-Receiving Countries", en Stahl, Charles W. (editor), *International Migration Today*, Bélgica, Unesco, University of Western Australia, Centre for Migration and Development Studies, 1988, pp. 109-124.
- Rouse, Roger, *Mexican Migration to the United States: Family Relations in the Development of a Transnational Migrant Circuit*, Diss. Stanford U., 1989.
- , "Mexican Migration and the Social Space of Post-Modernism", *Diaspora*, vol. 1, núm. 1, 1991, pp. 9-23.
- , "Making Sense of Settlement: Class Transformation, Cultural Struggle, and Transnationalism among Mexican Migrants in the United States", en Glick, Nina, L. Basch, y Cristina Blanc-Szanton (editoras), *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, New York Academy of Sciences, 1992, pp. 25-52.
- Ruiz, Olivia, *La relación transfronteriza*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1994.
- Sassen, Saskia, "U.S. Immigration Policy Toward Mexico in Global Economy", en Gutiérrez, D. (editor), *Between Two Worlds. Mexican Immigrants in the United States*, Wilmington, Jaguar Books on Latin America, 1996, pp. 213-227.
- , *Globalization and its Discontents*, The New Press, 1998.
- Sider, Gerald, "The Contradictions of Transnational Migration: A Discussion", en Glick, Nina, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton (editoras), *Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, The New York Academy of Sciences, 1992, pp. 231-240.
- Stahl, Charles W. (editor), *International Migration Today*, Bélgica, Unesco, University of Western Australia, Centre for Migration and Development Studies, 1988.

- Stern, Claudio, "Some Methodological Notes on the Study of Human Migration", en Stahl, Charles W. (editor), *International Migration Today*, Bélgica, Unesco, University of Western Australia, Centre for Migration and Development Studies, 1988.
- Tabuenca, María Socorro, *La frontera textual y geográfica en dos narradoras de la frontera norte mexicana: Rosina Conde y Rosario Sanmiguel*, 1997.
- Varese, Stefano, *Entre el tianguis y los designios neo-imperiales: Etnopolítica de la migración transnacional indígena*, (mimeo), coloquio La Ruta Mixteca, México, D.F., 2 y 3 de agosto de 1994.
- Vélez-Ibáñez, Carlos G., *Border Visions. Mexican Cultures of the Southwest United States*, Tucson, The University of Arizona Press, 1996.
- Valenzuela, Arce, José Manuel, *El debate de las identidades en la frontera norte: Relaciones y sujetos sociales: La deconstrucción de la identidad nacional* (versión preliminar), Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1996.
- , *Decadencia y auge de las identidades: Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdés, 2000.
- Vila, Pablo, *Ethnography at the Border*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2003.
- , *Crossing Borders, Reinforcing Borders: Social Categories, Metaphors, and Narrative Identities on the U.S.-Mexico Frontier*, Austin, University of Texas Press, 2000.
- Villarreal, Magdalena, *Puercos, gallinas, abejas, vacas... y maridos: La naturaleza del "capital" en las microempresas de mujeres campesinas*, ponencia presentada en el XXI Seminario de Economía Agrícola del Tercer Mundo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 3 de octubre de 2001.
- Wallerstein, Immanuel, *The Modern World-System. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, San Diego, Harcourt Brace and Jovanovich, Publishers, 1974.
- Whiteford, Linda M., *The Borderland as an Extended Community in Migration Across Frontiers*, en Cámara, Fernando y Robert van Kemper (editores), Albany, University of New York, 1979, pp. 127-137.
- Wolf, Eric R., "Closed Corporate Communities in Mesoamerica and Java", *Southern Journal of Anthropology*, vol. 13, núm. 1, 1966, pp. 1-18.
- Zabin, Carol y Sallie Hughes, "Economic Integration and Migration: A Case of Study of Indigenous Oaxacan Farmworkers in Baja California and the United States", *International Migration Review*, Tulane, Tulane University, 1992.
- Zúñiga, Víctor, *Voces de frontera: Estudios sobre la dispersión cultural en la frontera México-Estados Unidos*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1998.

